

De una escuela pobre

Abelardo Martínez Cruz

A Irene, que quiso saber.

Presentación

La mirada de un niño capta lo inverosímil. Es, además, una mirada poética, porque crea el mundo.

Algunos personajes de estas *memorias* los hubiese citado con su nombre auténtico. A todos les di nombre ficticio. Los hechos, creo, fueron reales. En mí ha existido un placer infantil porque, sin pretenderlo, he entretejido en esta crónica de la niñez alguna ficción con la realidad. Quizá fueron ese placer y el ruego de mi hija los motivos que me hicieron escribir cuanto sigue

Hubo también gratitud.

Quiero dejar constancia de que entre los mayores bienes de mi niñez –según puedo recordar ahora- estuvo la escuela.

Por eso deseo hoy que todos los niños del mundo tengan, como yo tuve, un maestro

Cuenca, febrero de 2003

Las primeras letras me las enseñó mi abuelo carpintero. Luego, recuerdo, dijo a mis padres que yo debía acudir ya a la escuela. Mis padres hablaron con el maestro, don Jesús, y sin más, al día siguiente fui a la plaza del pueblo a una hora muy temprana para entrar en la escuela con los demás niños.

Me presenté ante el maestro sin decir nada, sólo para que viera que había llegado. Él de inmediato me cogió del hombro y me señaló una silla de tablas, dura y reluciente de tantos niños como se habían sentado antes en ella. Y sobre la mesa corrida saqué el *Rayas* donde mi abuelo me enseñaba las letras y me puse a balbucir. Pero más que leer lo que hice en aquel día fue charlar. Hablaría con Camilo, Cayo, Emilio o con Gregorio. ¡Yo qué sé con quien charlé el primer día de escuela! Seguro que con todos los niños próximos con quienes jugaba en el pueblo, cuyos padres habían hablado con el maestro antes que los míos y por eso habían sido escolarizados antes que yo. Al cabo llegó don Jesús.

- ¿Qué hay por aquí?

Me sentí mínimo ante el maestro. Me hizo leer y vio que ya sabía medianamente engarzar las letras en sílabas. Más duro era formar las palabras. Pero se alegró de que supiera deletrear, recuerdo.

La escuela me pareció inmensa, el espacio más grande que había visto en el pueblo. Era una escuela pobre, menor a la que en el otro extremo del ayuntamiento tenían las niñas, que eran más numerosas que nosotros.

Era pobre, ya lo he dicho, y los niños debíamos llevar alguna leña de casa para encender la estufa y calentarnos. A veces, por la zorrera que se formaba, teníamos que abrir las ventanas. No había más remedio.

Cada tarde, recuerdo, teníamos que esperar hasta que un reloj de péndulo diera las cinco. Hacíamos un silencio general para que don Jesús se diera cuenta y nos dejara salir de la escuela.

Don Jesús, recuerdo, tendría unos treinta años, más o menos.

Era amable, muy paciente. No sé decir por qué pero yo creo que le pagaban muy poco. No obstante, trabajaba con nosotros constantemente.

En la escuela, la pared lateral tenía dos rectángulos negros, desconchados y agrietados, que hacían función de pizarras, donde el maestro caligrafiaba muestras para los menores, planteaba problemas, escribía cuentas, además de representar algún dibujo ciertos días.

Se abrían, en el lado opuesto, dos ventanas que daban a los tejados de las casas contiguas al ayuntamiento. En los tejados existía un mundo insólito. Algún gato hurraño aparecía de vez en cuando, sigiloso, precavido, atento. Los gorriones, a veces, reñían entre sí hasta caer hechos un lío a corrales u otros tejados más bajos. Alborotaban mucho. En las peleas, los gorriones formaban una algarabía aguda. También los oncejos cruzaban horizontales, rápidos y gritando, como si jugasen a pillarse entre ellos, igual que nosotros lo hacíamos en el recreo.

Cierta mañana apareció una gata blanca y negra. Tras ella un gato pardo, de gran poder. Los seguían dos gatos menores. La gata maullaba e intentaba dar algún zarpazo al macho. Al final dejó que el gatazo se subiera sobre ella. Los gatitos miraban, como si también esperasen cumplir su deseo cuando les llegara el turno.

Los niños nos pusimos a observar la escena. Comenzamos a nombrar a las mujeres, dueñas de los animales.

La actividad de los gatos fue interrumpida de inmediato por *el Chato*, un chaval mayor. Golpeó los cristales y deshizo de súbito todo el hechizo placentero que habían creado los animales. Huyeron rápidos.

Don Jesús miró sonriente al *Chato*. No supe por qué.

De mis vecinos, Amparo era la única niña mudita. No iba a la escuela, pero cada día, al verme pasar, salía a la puerta de su casa para decirme adiós. Me daba pena dejarla allí y muchas veces la hubiese llevado conmigo. Le hubiera dicho cualquier pretexto a don Jesús y él hubiese aceptado que se quedara. Pero no quería venir.

Amparo andaba con frecuencia en la calle, viendo quién pasaba o comprobando qué vendían en las raras ventas ambulantes. Intentaba conversar con los vecinos y se daba a entender con dificultad. Tenía unos ojos profundos, negros, atentos. Ningún detalle escapa a aquella mirada fija, larga como el hilo de una cometa. La fuerza de su mudez le había aguzado la mirada, penetrante e inteligente. Interpretaba en los labios de los presentes y parecía que oía. Yo creía que leía también las ideas más profundas que se me ocurrían, porque, a veces, me contestaba a su modo, como si supiera mis intenciones.

Un día, Amparo desapareció. Se fue no sé dónde. No obstante, continué recordándola mucho tiempo porque era una niña mudita y a mí me angustiaba que no pudiese hablar, con lo fácil que era, según pensaba.

Lloviznó durante la noche el primer chaparrón del otoño y, por la mañana, de la tierra reseca ascendía un frescor agradable.

Las golondrinas se habían colocado en los hilos eléctricos y formaban un cordón de nudos simétricos que se prolongaba por la calle de la escuela hasta donde se podía ver. De vez en cuando acudía alguna retrasada que con dificultad encontraba sitio dónde posarse.

Los niños nos quedamos absortos ante aquella concentración. De repente, como si alguien hubiese dado una orden invisible, todas juntas salieron volando en la misma dirección, hacia las hoces del río. Luego no se volvieron a ver durante mucho tiempo. El cielo había quedado limpio, como un suelo barrido de pequeños papeles.

Todo permaneció más silencioso. Las golondrinas eran muy alborotadoras, pero otorgaban una alegría al pueblo que no había cuando ellas estaban ausentes.

El cielo, deseaba, tenía que estar siempre salpicado de golondrinas.

Para la estufa, Jaime llevaba el tronco más grueso que lleváramos cualquier otro.

Era también mi vecino y cada mañana acudíamos juntos a la escuela. Siempre presumía de haber cogido un buen garrancho, que duraría, al menos, las dos horas primeras. Era generoso, como sus padres. El había aprendido aquel comportamiento porque cuanto veía en su casa, hacía fuera. Sus padres tenían alguna hacienda y poseían un rebaño de ovejas, signo de una posición económica desahogada, algo que los niños pobres de inmediato advertíamos.

Los ojos nos lloraban al acudir a la escuela por la mañana, cuando el sol nos daba de frente. A veces no nos decíamos nada, porque no había nada que decir entre nosotros, somnolientos como íbamos. Otras veces recordábamos el juego del día anterior, en la calle donde solíamos reunirnos todos los atardeceres los cinco niños del barrio – Cayo, Gregorio y Emilio, además de nosotros dos-. Por la mañana, ellos acudían antes que nosotros. Jaime y yo llegábamos poco después, cuando don Jesús. Era suficiente y no pasábamos frío.

En ciertas ocasiones, mi amigo iba comunicándome su preocupación por lo que temía que sucediese en la escuela aquella mañana. Le era difícil aprender las sílabas y confundía sumas muy fáciles. Yo sospechaba que ponía los números que se le antojaba por librarse del tormento de sumar. Don Jesús se impacientaba porque luego solía pasear con su padre durante el recreo por la misma plaza del pueblo donde todos jugábamos. O se acercaba al despacho del ayuntamiento, donde ejercía de secretario el padre de Jaime.

-Algún día le voy a decir a mi padre que me riñe -me aclaraba Jaime acudiendo a la escuela.

A mí me parecía que el padre de mi amigo tenía un inmenso poder y confianza para pedir que don Jesús no le regañara. Pero Jaime nunca decía nada a su padre. Éste sabía todo.

La tristeza habitaba el pueblo. Se me hacía evidente en la mirada de hombres, en los rencores diarios, en los muertos ausentes, en las ropas oscuras, en las noches de trinca, en los días inciertos, en los silencios del abuelo, en las solanas abrigas, en la plaza, en la pobreza, en las conversaciones de todos. Presente en las calles, la tristeza entraba por las puertas hendidas, por las ventanas cerradas, por los tejados. Era una sombra muy densa y pesada, suspensa en el aire. La imponía aquella mirada atrevida del retrato en la escuela, el coloso goyesco.

A mi abuelo lo consideraba un mago en su carpintería. Siempre estaba en ella y hasta allí acudían vecinos que no tenían nada que hacer. Charlaban entre ellos.

Yo lo creía un mago porque desde donde él estuviera me pedía alguna herramienta y yo se la llevaba, si podía alcanzarla.

-¿Todas las cosas tienen nombre, abuelo?

-¡Todas!

-¿Y tú lo sabes?

-¡Claro!

Cuando me nombraba escoplos, limas, cepillos o serruchos, yo se los acercaba. Las sierras, las garlopas, las azuelas, los barrenos y otros, mayores o más peligrosos, iba él a cogerlos. Cada utensilio estaba en su lugar, como si a cada instante se hubiera acabado de crear aquel mundo y las cosas ocuparan el rincón que en un principio les correspondió. Con frecuencia me decía:

-No dejes nada tirado en cualquier lugar. Luego no lo encuentro.

Y me señalaba el sitio que ocupaba cada herramienta.

A mí me admiraba que mi abuelo supiera el nombre de todo lo que había en su pequeña carpintería. Y creía que era el modo de dominar aquel mundo tan complejo, según me parecía a mí.

Pero no sólo sabía el nombre de cada aparejo. También sabía decirme la acción que estaba realizando o la que iba a realizar: serrar, desbastar, azolar, escoplear... Sabiendo cómo se decía, nada hacía al azar y todo lo podía prever, según quiero recordar. Tanto al nombrar las herramientas como al decirme qué estaba haciendo, me asombraba y yo sentía admiración por mi abuelo, porque sus dichos a mí me parecían que ensanchaban las paredes de su pequeño taller de carpintería.

Ya lo he referido, mi abuelo me parecía un mago.

En el *Rayas*, donde aprendíamos a leer, había páginas significativas que marcaban las distancias entre nosotros. Eran como hitos que indicaban las diferencias en la progresión de la lectura.

-Yo ya voy por *el dado*.

- Pues yo voy más adelante, porque estoy leyendo en *la abubilla* – me dijo Cayo.

Siempre había alguien que ganaba, al menos a mí. Nunca podía conseguir en las reuniones de niños ser el más avanzado y aquello me molestaba, porque la página del catón marcaba el nivel de conocimientos. Era como un sistema de calificaciones entre nosotros. Nunca el maestro lo puso de manifiesto, pero lo teníamos como medida de nuestro saber.

Cuando se me ocurrió decirle a Cayo que ya había llegado a *la abubilla*, él me dijo que se encontraba en *la lira*, con lo que se incrementó la distancia. ¡Era imposible alcanzar a Cayo! Y me di por vencido para siempre. Acepté que supiera más que yo.

Cayo siempre se sabía la lección y hacía muy bien las cuentas de sumar. Aprendió a restar con facilidad, no me explicaba muy bien por qué. Era un modelo para mí. No sólo sabía leer mejor y sumar, sino que además siempre iba muy bien peinado. Desconocía de dónde sacaba tiempo para aquello. Seguro que su hermana le ayudaba a todo, suponía yo.

Éramos amigos porque nunca lo vi engreído ni presumió de nada. Nos tratábamos bien, a pesar de ser yo mucho más nervioso y, a veces, hacerle alguna trampa en el juego de los cartones.

Por sorpresa, una tarde acudió don Faustino a la escuela. Ejercía de médico en el pueblo. Cuando lo vimos entrar, advertimos cómo habían convenido el maestro y él la visita. Entre nosotros nadie sabía para qué había venido.

-Mañana –nos aclaró el médico de inmediato- os vacunaré de la viruela.

No sabíamos qué era aquello. Nunca habíamos oído hablar ni de vacuna ni de viruela, pero supuse que nos haría daño.

-Debéis traer camisas amplias –siguió- para poneros la vacuna en el brazo. Y decid a vuestras madres que os preparen una buena comida, una tortilla francesa.

Lo comuniqué a mi madre cuando llegué a casa y ella se dio por enterada, sin duda.

Al día siguiente don Faustino acudió por la mañana y encendió un fuegucito en una cajita metálica donde tenía unos plumines. Comenzaron los mayores a vacunarse. Les raspaba la piel del brazo y echaba un producto. Luego ponía sobre la herida una gasita. Cuando volvían a sentarse en su sitio, los mayores hacían muecas de dolor.

Me cogió fuerte del brazo. Hizo dos rasguños, uno debajo del otro, y no me quejé, a pesar del dolor. Luego me echó un líquido frío y con mis amigos fui a sentarme. Aquella mañana hablamos menos de lo habitual, porque todos estábamos un poco asustados y dolidos. Don Jesús nos dejó salir antes para llegar a casa a comer.

Mi madre me hizo la tortilla.

-¿Te ha hecho daño?

-Sí, madre. ¡Mucho daño!

Tuve fiebre y estuve algún día en cama. Las vacunas me dejaron dos huellas en el brazo para toda la vida, como tatuajes.

Todos los niños teníamos los mismos juguetes, un aro, el trompo y los cartones, cuyo número se incrementaba o disminuía según se hubiese ganado o perdido el día anterior en el redondel o a los montoncitos.

Con los retales de tabla que le sobraban, mi abuelo me hizo un carro mínimo, suficiente para que yo pudiera jugar. Lo tenía en la cámara, debajo de un ojo por donde penetraba la luz. Hasta allí solía subir. Me pasaba largos ratos cargando y descargando del carrito restos de madera con formas diversas, (triángulos, cuadrados, cubos, rectángulos) o simples maderitas recogidas de entre la viruta. Simulaba todos los quehaceres que se hacían en el pueblo.

Aquel carrito fue el regalo más sorprendente que me hicieron y uno de los pocos que tenía. No obstante, me sentía afortunado porque era suficiente y no necesitaba mucho más. Tampoco sabía que podía tener más juguetes. No hubiese podido pedir nada más porque nadie me hablaba de que existiera algo distinto.

Si yo tenía mi carrito, aquello era por añadidura.

Con Paco, un muchacho rubio, desarrollado, colorado como un melocotón, no me llevaba bien, aunque jugaba con él alguna vez. Era demasiado bravucón y quería llevar siempre la razón. Además, se sentía fuerte porque desde un balcón a la plaza, su padre, viejo, delgado y golfo, que quiso estudiar derecho y lo único que consiguió fue arruinar a toda la familia, su padre - recuerdo- nos vigilaba a todos los niños y le gritaba a él con voz desgarrada animándole para que en las peleas no se dejara vencer.

A Paco todos le temíamos, no tanto por sus bravuconadas, como por la vigilancia de su desgarbado padre.

Jugábamos a los cartones. Él estaba irritado porque perdía. Discutimos porque él decía lo contrario que a mí me parecía. Al ver que los compañeros me daban la razón, me sentí envalentonado. De inmediato le di un guantazo que le enrojeció más la cara. Me gritó enfurecido:

-¡Espera! ¡Ahora vas a saber quién soy yo!

Me levanté. Se arrodilló para atarse el calzado. Mientras, yo lo estaba esperando en pie. Cuando vi que terminaba de hacerse la lazada, salí huyendo, temeroso de que me pegara. Me perseguía ansioso. Corría tras de mí. Los dos recorrimos varias calles del pueblo. Pasamos de nuevo por la plaza, uno tras otro. Yo comprobaba, mirando hacia atrás, que corría más. Al final, se cansó y cesó en su carrera.

A la noche, Jaime me anunció que Paco había jurado pegarme al día siguiente.

Por la mañana acudí a la escuela y procuré ir junto a don Jesús, un poco detrás. Paco me estaba esperando para desquitarse, pero no pudo hacer nada delante del maestro. Al entrar en la escuela amenazó que me pegaría.

-¡Ya veremos! –le dije mirándolo fijo.

No supe si fueron mis palabras u otro motivo lo que le hizo desistir de su propósito. Quizá también me temía, a pesar de ser yo tan menudo.

La novedad de aquel día en el pequeño universo fue que Cayo, Camilo y yo habíamos avanzado en el *Rayas del gamo* al *gato*, del *aro* a la *pipa* y de la *familia* al *zapato*, respectivamente. Los demás niños también habían aprendido algo nuevo. Incluso Jaime –según me dijo- adelantó una página e hizo bien la suma. Era sin duda la exclusiva diferencia con el día anterior. Todo lo demás se repetía igual. La escuela creaba la invención en el pueblo, el rayo que quebraba la tiranía de un siempre pesadamente reiterativo.

La evolución sólo existía en la mente de los niños. El resto era monotonía de siglos, una pesadumbre histórica.

Había llegado a las afueras del pueblo, por el camino del cementerio viejo.

Me quedé mirando absorto, sorprendido. Ella tenía la faldita subida. Él miraba hacia la niña. Ella advirtió mi presencia y separó al muchacho. Él se volvió y me miró con cierta vergüenza. Se alejaron cada cual por su lado, sin decir nada. Volví corriendo, como había llegado.

A pesar de su nombre, Don Cebadón era un tipo delgado, casi esquelético. Tenía un rostro enjuto, pálido y ojival. Miraba desde el fondo de dos covachuelas hundidas y su mirada tardaba un rato para asomarse a las afueras de aquellas grutas oscuras. La nariz aguileña era espolón de barco fenicio y los labios se introducían en la boca en busca del último diente que hacía cuatro días le había caído. Misereaba y hambreaba, si bien recordaba tiempos anteriores añorados por él y que repasaba en las conversaciones, enorgulleciéndose de la casta de padres y abuelos, cuando aún su golfería no había despilfarrado la herencia. Caminaba al desgaire, como haciendo el botarga, con una convulsión que le hacía contraer los hombros y subir al mismo tiempo su espalda chepuda hasta introducirla debajo del occipital. Al salir de su casa, en una esquina de la plaza, se daba importancia, como si quisiera ofrecer su figura a la consideración de todos. Salía al atardecer, cuando el grupo de amigos lo esperaban para jugarse el escaso dinero de que entre todos disponían, unos pocos duros que sacaban no se sabía bien de dónde, porque ninguno trabajaba ni había trabajado antes. Todos formaban un grupo de golfos tunantes que habían pretendido estudiar derecho, farmacia o medicina y lo único que habían conseguido fue pasear su tiempo mozo por los tugurios de la época y arruinar la herencia de sus parientes.

De todos los contertulios, Don Cebadón era el mayor golfo, embustero y fantasioso. Imaginaba yuntas de mulas arando sus tierras y cosechas de trigo llenando sus trojes, pero sabía que los días de abundancia no volverían a sus alcances.

Los niños nos conocíamos unos a otros con precisión. Esa era la causa de que a algunos les hubiéramos puesto un mote, que solía ser un calificativo muy personal, exacto, diferente del apodo familiar. Éste era genérico para toda la familia –*Los Pitos, Los Risas, Los Sénecas...*– y otros. Pero había calificativos definitivos, precisos, hirientes.

Aquel muchacho delgado, solitario, halagado en exceso por su madre, vigilado desde su casa cuando salía a la plaza para que no discutiera con nadie ni nadie con él, distante, quejoso al menor síntoma de frío, envidioso, con aires de rico, agasajado, mimado, a aquel muchacho lo llamábamos todos *El Consentido*.

Al *Consentido* le molestaba mucho que le apodáramos así. Le era ofensivo. Pero para referirnos a él, siempre lo llamábamos de aquel modo. Entre nosotros nos entendíamos. Y para más herirle, más le motejábamos.

Fue una queja suya. Por así insultarlo, cierto día su abuelo me dio un capón muy fuerte. Luego, cuando volví a verlo solo, no pude evitar gritarle:

-¡*Consentido!* ¡Sí, eres un consentido!

No supe qué fue más doloroso, si el capón de su abuelo en mi cabeza o mi grito, insultándole. Todo tuvo fuerza, mucha fuerza.

Se repetían los hechos, como se sucedían los días. Vivir se iba ejerciendo sin relieve, en la dimensión diaria de lo insignificante. Todo estaba ajustado al quehacer de siempre, encajado perfectamente como las piezas de las puertas que hacía mi abuelo. Los agricultores, los pastores, el maestro y el médico, los niños, mi abuelo, mi padre... Cada cual hacía lo suyo y en su momento. Los días imponían la violencia de lo trivial. La vida del pueblo tan sólo se alteraba por la pincelada oscura que ponía el cura al llegar los domingos para decir misa. Lo veíamos como novedad. Los guardias civiles, a su vez, introducían temor. Marcaban una incisión en aquella existencia irrelevante. Lo demás, a los ojos del niño, era sucesión de hechos.

Las pasiones latían, pero estaban ocultas y articulaban estos hechos entre sí.

Al llegar el buen tiempo, algunos días los mayores de la escuela abordaban a don Jesús para pedirle ir las dos horas de la tarde a jugar a las eras. El maestro se resistía. Los más pequeños, rodeábamos al grupo y dábamos saltitos para que accediera a la petición.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

El maestro se hacía de rogar. Miraba a doña Brígida, la maestra de niñas, y los dos transigían, cómplices, como si aquello no estuviera permitido.

Las niñas jugaban, apartadas, a sus juegos, el corro o la comba. Nosotros teníamos otros. Los mayores corrían tras un balón, casi siempre pinchado o mal inflado. Los pequeños nos perseguíamos sin descansar durante todo el tiempo, uno tras todos los demás. Aquellos juegos tenían reglas muy precisas y nadie las infringía. Si alguien intentaba hacerlo, de inmediato se le acusaba de tramposo.

-¡Eres un tramposo!

Era la mayor ofensa que podíamos dirigirnos. Ante aquella resolución de todos, callábamos y perdíamos en el juego. En realidad, nos tocaba perseguir a otros corriendo, hasta que terminaba de nuevo la jugada.

Don Jesús y doña Brígida paseaban por alguna era próxima, vigilándonos.

Volvíamos acalorados. Pero aquellas tardes éramos felices porque tal vez todos sabíamos que habíamos quebrantado, al menos, una costumbre. En ello había cierto placer.

- El cura llegaba los domingos al pueblo, en una bicicleta –le dije.
- ¿Qué hacía?
- Decía misa.
- ¿Nada más?
- También enterraba. Nadie confesaba. No creían.
- ¿No creían? –se sorprendió.
- El muy malicioso de Acacio me enseñó una canción. Hablaba de una *paliza* y de *libertad*. Pero se me olvidó la canción.
- ¿Y la doctrina?
- Nadie la enseñaba
- Pero, tú...
- Vivíamos a la intemperie, en un lugar mísero. Dios no llegaba hasta allí.
- Era obligatorio ir a la iglesia.
- Pero no me enteraba de nada. El cura los domingos decía misa en latín y de espaldas. Todo estaba lejano y oculto.
- ¿Creías?
- No. Tampoco dejé de creer. ¿En qué? No sabía qué había que creer. Nadie me enseñó nada.
- Me sorprende –me dijo asombrado.
- Ya lo sé. Pero es la verdad. Recuerdo que mi padre rezaba el día de Navidad un *padrenuestro*, dándole pan a un burrito pequeño que teníamos. Era simplemente un rito.
- Algo era algo.
- Algo era aquello, sí.

Todo aquello –hombres, herramientas, paisaje, animales, oficios, trabajos, juegos, decires-, con lo que despertaba a la vida, había configurado el espectáculo desde el que tomé conciencia del mundo. Era algo más que las anécdotas que se podían reseñar en unas notas puntuales. Por separado, no podían dejar constancia de todo el enredo de sentimientos complejos que se vivía, después de una guerra civil. En ésta habían muerto algunos vecinos cuya ausencia enrarecía la convivencia entre todos. Otros huyeron tras la contienda y, en las conversaciones a solas, mis padres casi los hacían transitar de nuevo por las calles, como vecinos ausentes que volverían pronto. El vacío era tan evidente que se percibía el hueco que habían dejado todos. Casi se oían sus pasos recientes, incluso por mí, que no los conocí.

La multitud de emociones fue siempre intensa. (La memoria actual no es capaz de describir aquella confusión afectiva). Un aire impuro envolvía a los hombres y todo indicaba una vida difícil para vivir el futuro.

Habría que profundizar en la psicología personal y colectiva para poder describir la crónica de unos días que el niño, a pesar de aparentar distracción, comprendía casi sin querer y con dolor, porque era evidente en las conversaciones o en los rostros. Había una enseñanza en los gestos y las gentes del pueblo la ejercían con una eficacia ejemplar. Los afectos se percibían y penetraban por los poros hasta la intimidad infantil. Aunque sería preciso dejar constancia de la culpa y la vergüenza que todos vivieron cuando los ánimos se fueron sosegando.

Un día el maestro se encontró con mi padre y conmigo en la calle, lo recuerdo también, y aclaró:

-El muchacho ya sabe leer.

Mi padre me miró y le dio las gracias. Cuando llegamos a casa me sacó tres o cuatro libros viejos, entre los que se encontraba un *Quijote*, que había heredado de un primo suyo seminarista, muerto de tuberculosis, y me advirtió:

- □ Toma! Nunca lograrás leer todos los libros del mundo.

Entonces comencé a alzar el vuelo que todavía perdura. He leído libros, pero mi padre tenía razón, maldita sea. □ Nunca he conseguido leer todos los libros que me esperaban ahí! También he sentido que ya era tarde para terminar la tarea que me insinuó.

En la pizarra lateral, frente a las ventanas, evitando los descascarillados y las hendiduras que la cruzaban, don Jesús había puesto una muestra con letra clara, que ocupaba, desde un extremo a otro, todo el rectángulo oscuro. “*La luz entra a raudales por la ventana*”, nos había redactado. Debajo, dos sumas y una resta.

Secretamente yo admiraba cómo escribía don Jesús. Me hubiese gustado hacerlo como él. Pero no lo conseguía, ni esforzándome en los cinco renglones que tuve que copiar.

Pasó la mañana deambulando entre nosotros, lo recuerdo bien. Atendía cómo hacíamos la copia y las cuentas.

- ¡Bien, bien! –me dijo al mirar mi pequeño cuaderno.

Se sentó en una silla junto a Jaime.

- ¿No quieres aprender? –le preguntó

- ¡Sí!

- Pues no te fijas mucho.

Jaime disimuló que continuaba sumando y don Jesús le ayudó hasta el final. Cuando concluyó con mi amigo, nos exigió silencio y nos habló a todos:

- Mañana no vengáis. Hasta después de la fiesta del pueblo ya no se abrirá la escuela. No sé si volveremos a vernos, porque yo me voy.

Se fue, en efecto, y no volví a verlo nunca más, aunque tuve siempre muchos deseos de encontrarme con él.

Seguimos luego viviendo. Pero no supe cuál fue el destino de Jaime, ni de Camilo, ni de Cayo. No fuimos transparentes, como lo habíamos sido de niños, y nos ignoramos entre nosotros.

Luego lo aprendí. Supe que Sísifo había sido condenado por los dioses a subir una piedra hasta la cima de la montaña. También nosotros, todos los niños, cogíamos nuestro cabás a la espalda y acudíamos, día tras día, a la escuela. Aprender era innovar, alzar la pesada carga que suponía la faena de descubrir un mundo que desconocíamos.

Lo único que en mí advertí, muchos años después, fue la condena de Sísifo, la inquietud sin límite de saber que cada día había que cargar la piedra hasta la cumbre. Alguien me dijo que Sísifo fue, a pesar de su condena, dichoso. ¡Tal vez!

Epílogo

Estaba en el fondo de mi memoria retenido, pero no lo evocaba. Fue una exigencia de alguien –mi hija, tal vez- lo que me obligó a recuperar cada uno de estos relatos y lo hice como pude. Ahora advierto que había un cierto amor a todo, que los sentimientos con que viví se me han despertado y que, en definitiva, toda mi vida hasta hoy ha sido una prolongación de la infancia. Aquel sentir se fue alargando después, si bien transformado en cada uno de mis días posteriores.

Los niños que fuimos nos han permitido ser los hombres adultos. Al menos esta ha sido mi experiencia en la vida. Advierto ese hilo conductor, prolongado desde la infancia hasta los momentos presentes. El asunto consiste en ser fieles a nuestra niñez.

Los hombres disponemos de ciertas defensas. El olvido es una. Yo, sin duda, me he olvidado de muchos hechos. No los he podido integrar en mis recuerdos, de lo cual me alegro, porque entre las mejores imágenes que poseo, ninguna negativa merece estropear la infancia. Me alegro, por tanto, del olvido involuntario.

